



Excmo. Sr. Rector Magnífico  
Sr. Presidente del Consejo Social  
Sra. Vicerrectora de Posgrado y Formación Continua  
Sra. Secretaria General  
Sr. Decano  
Ilustres autoridades  
Señoras y señores  
Excmo. Sr. D. Pablo García Baena

La Universidad de Córdoba se viste hoy de fiesta en una de sus ceremonias mayores: la investidura de *Doctor Honoris Causa*. Y lo hace en el noble espacio de la facultad de Filosofía y Letras, porque de letras y humanidades se trata: de pensamiento y de poesía.

El nombramiento de *Doctor Honoris Causa* constituye el máximo honor con el que la universidad reconoce a una persona. Es mucho más que un título académico, pues es la virtud de quien lo recibe la que lo hace merecedora. La universidad de Córdoba cuenta en su haber con el reconocimiento de prestigiosos doctores *honoris causa*, tanto del ámbito de las ciencias como de las letras. A ellos se suma hoy la investidura del poeta Pablo García Baena, lo que constituye un doble honor, pues si bien el doctorando se honra por la universidad que lo acoge en su claustro, la universidad también es honrada por la sabiduría y la reconocida trayectoria literaria y humana del poeta.

Muchas gracias, Sr. Rector, por todo el apoyo para este nombramiento. Quisiera dar también las gracias a la Vicerrectora de Posgrado y Formación Continua, a la Secretaria General, a la Comisión de Doctorado, al Consejo de Gobierno, a Protocolo, a Prensa, a la Facultad de Filosofía y Letras y a cuantas personas han dedicado lo mejor de su esfuerzo para que hoy nos demos cita en esta feliz celebración.



El acto que nos reúne suscita en mí una honda emoción y me siento muy agradecida al Sr. Rector porque me haya confiado la responsabilidad de actuar como madrina del admirado maestro. Pongo todo mi empeño y cariño en no defraudar esa confianza ni el respeto que merece Pablo García Baena.

Realizar la *laudatio* de Pablo García Baena es una grata encomienda, para quien ha declarado su admiración por Pablo en numerosas ocasiones. Desde hace décadas me reconozco acogida a su magisterio poético, al igual que lo han manifestado varias generaciones de poetas contemporáneos para quienes Pablo es el gran e indiscutible maestro, más allá de estilos y banderías poéticas.

El poeta, que naciera en el número 11 de la cordobesa calle Parras, no solo cuenta con reconocidos méritos en el terreno de la poesía, sino que sus cualidades humanas son tan elevadas como las literarias. Fundó en 1947, junto con Ricardo Molina y Juan Bernier, la revista *Cántico*. Y junto a él recordamos hoy a quienes formaron el grupo Cántico en torno a la revista cordobesa: a Mario López, a Julio Aumente y a los pintores Ginés Liébana y Miguel del Moral. Y como no, a quienes convivieron con ellos en amistad y poesía: Vicente Núñez y M.<sup>a</sup> Victoria Atencia.

*Cántico*, en sus dos etapas (1947-1949) y (1954-1957), supone savia nueva y se convierte en ineludible referente en el difícil páramo de la poesía de posguerra. La revista, respaldada por Vicente Aleixandre con la “Carta a los fundadores de Cántico”, publicada en el tercer número, acogió las corrientes literarias del momento y dedicó singular atención a la poesía francesa, italiana, gallega, catalana y china. Especial mención merece el número de homenaje a Luis Cernuda en 1955. Puente entre los poetas del 27 en el exilio y las siguientes generaciones, su transcendencia fue revitalizada a partir del aporte de los llamados poetas novísimos.

Pablo García Baena es uno de los máximos representantes de la cultura española. Su obra constituye la más alta significación poética desde los años cuarenta. Desde su primer libro *Rumor oculto* (1946) hasta *Campos Elíseos* (2006) su producción poética ofrece un modelo de integridad ética y estética. Obras de cumplido magisterio en poetas actuales de varias generaciones suponen sus libros: *Mientras cantan los pájaros* (1948), *Antiguo muchacho* (1950), *Junio* (1957), *Óleo* (1958), *Almoneda* (1971), *Antes que el tiempo acabe* (1978), *Gozos para la navidad de Vicente Núñez* (1984), *Fieles guirnaldas fugitivas* (1990).



Sus artículos y conferencias se han recogido en *Lectivo* (1983), *Los libros, los poetas, las celebraciones, el olvido* (1995), *Selva varia* (2008). Recopilaciones de su poesía completa y antologías han aparecido en las más prestigiosas editoriales, como Visor o Cátedra, en 2008 y 2015. Su obra ha sido objeto de tesis doctorales en la Universidad de Córdoba, Málaga, Salamanca y en la Complutense de Madrid.

Córdoba ocupa un lugar destacado en las letras españolas gracias a la poesía de García Baena. Director emérito del Centro Andaluz de las Letras, ha recibido las más importantes distinciones, entre las que destacamos el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana y el Premio Internacional de Poesía Federico García Lorca. Es hijo predilecto de Andalucía y ha recibido la Medalla de Oro de Córdoba y de Málaga. Su obra es objeto de investigación en numerosas universidades españolas y fuera de España y su magisterio se extiende a varias generaciones literarias. Como poeta es referente fundamental para la investigación literaria en la Universidad de Córdoba, donde colabora con poetas e investigadores. Miembro Honor de la Real Academia de Córdoba y de Málaga, Premio de Letras Andaluzas Elio Antonio de Nebrija, su nombre honra el Premio de Poesía Joven de La Bella Varsovia y ha sido nombrado Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Salamanca.

La función social de la poesía, la de construir pensamiento, una de las mayores rebeldías que podemos concebir, se da con mayúsculas en la obra de Pablo García Baena. En su obra y en su memoria se reúne un siglo de poesía española a cuyo trasluz leemos también a los clásicos: el Renacimiento y el Barroco, el Simbolismo, el Modernismo y la Edad de Plata de la literatura española.

Pablo es cercano, afable, atento y respetuoso. Escucha y sabe situar en la conversación esa pequeña pincelada que ilumina, esa palabra indiscutiblemente exacta que a veces hemos tenido que buscar en el diccionario. Con todos estos méritos y tanta sabiduría, Pablo García Baena nos recibe con la discreción y serenidad que le caracteriza y escucha a quienes nos acercamos a él precisamente para escucharlo, para aprender de él y para fortalecer nuestras investigaciones muy especialmente sobre *Cántico* y la poesía del siglo XX, pero también sobre San Juan de la Cruz, Góngora, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre o Luis Cernuda.

Con la humildad que da el conocimiento verdadero, Pablo ha afirmado: “Poco sé de mi poesía”. Sin embargo, acto seguido es capaz de construir toda una teoría



poética compleja y personal enraizada en la tradición, capaz de sustentar la poesía contemporánea, expresada, además, con sentido del humor, como cuando matiza: “Quiero decir entonces que entiendo la poesía como raptó, como enajenación, como ebriedad y que, como persona normal me resisto ante tales disturbios metales”.

Para quien ha reconocido la poesía como vida, incendio, canción, carne, perfume, aquel antiguo muchacho con el “cuello sujeto de bufandas”, según su propio autorretrato, los primeros encuentros con la poesía, en la Córdoba de su infancia, no pueden ser olvidados. Encuentros gozosos que habrían de marcar su vida y su camino le llevan a recordar al profesor que iluminaba las mentes infantiles con la lectura viva de poesía en “Aquella aula de «Preceptiva literaria» aislada en el viejo instituto cordobés donde el catedrático D. José Manuel Camacho Padilla en las mañanas en las que se sentía a gusto abandonaba la marquetería de silvas y sextinas para leernos a los clásicos, Herrera, Góngora o Quintana”.

Con fina ironía, Pablo García Baena sitúa la poesía, ya desde sus recuerdos infantiles, fuera de polvorientos anaqueles, no “embalsamada en la ceniza de los libros”, para reclamarla en contacto con la realidad: “Una poesía que hacía sport, frases de entonces y que transitaba como una chica cualquiera por calles de nombres conocidos y su andar no era obligatoriamente procesional en el incendiado crepúsculo”. El encuentro feliz con los poetas del 27 en la antología de Gerardo Diego le facilitó la entrada a un mundo cercano “lejos de amadas inmóviles o de trompetearía de marchas triunfales”.

En una hermosa entrevista que nuestro querido y recordado Eduardo García realizó en 2008 preguntaba a Pablo por su relación con Córdoba, a lo que este respondía: “En el fondo de mi poesía late esa Córdoba de mi infancia, esa Córdoba más soñada que viva [...]. La liturgia católica me fascinó desde el primer momento. [...] En aquellos tiempos los días se medían por la liturgia de la Iglesia. La vida se regía por el campanario. Yo he vivido siempre cerca de San Andrés, donde tocaban el alba, las vísperas...”. Vivencias estas que explican que el goce de la carne conviva con naturalidad, en sus poemas, junto a la liturgia sacramental deslumbradora ya desde la infancia, en las calles de Córdoba.

Son muchos los poetas e investigadores que han estudiado la obra de Pablo García Baena, como Guillermo Carnero o Luis Antonio de Villena. Dos de los más destacados estudios y antologías se han publicado recientemente en prestigiosas



editoriales, por Felipe Muriel (Cátedra) y por Juan Antonio González Iglesias (Visor). Rafael Pérez Estrada lo definió como “poeta filósofo”, con una obra poética que se constituye en “un ritual en el que lo pagano y lo místico conviven en un equilibrio de altísimas energías”. Y Vicente Aleixandre dijo de él, con motivo de la concesión del Premio Príncipe de Asturias, al evocar cuándo lo conoció en 1948: “Aquel Antiguo muchacho se elevaba como una estrella”.

Porque Pablo sabe bien, como San Juan de la Cruz, la fuente que mana y corre. El agua de la creación brota y nos dibuja temblorosa la faz de Narciso en el verde espejo de la alberca, ese cuerpo que el deseo “entrega al tálamo florido de otro cuerpo”, que nos ofreciera en su libro *Junio*.

El dominio del verso es absoluto, tanto en heptasílabos como endecasílabos o en la respiración amplia del versículo: versos tallados con el buril del orfebre de la palabra y del pensamiento. El goce de la carne y el cordón penitencial coexisten en el espacio del poema y construyen un mundo propio en el que ética y estética se aúnan en la expresión personalísima del maestro.

Córdoba, a veces dulce, a veces amarga, configura la geografía íntima de Pablo en los vértices simbólicos y reales del personal triángulo trazado en su libro *Antes que el tiempo acabe*. Tres ciudades que confluyen en su energía y en su arquitectura: Venecia, Delfos y Córdoba.

Venecia, monumental y melancólica “erizada de escamas, como un reptil heráldico” compone el otoño del Adriático junto al mar sagrado. Delfos es el oráculo, la interrogación retórica que el poeta se dirige a sí mismo en severa elegía: “¿Qué esperas del oráculo, Pablo García Baena?”.

Y tampoco falta la denuncia en defensa del patrimonio, tal se aprecia en el poema dedicado a Córdoba contra el expolio de su historia y de su arquitectura. Los amados capiteles humillados, el excelso muro de Góngora, las calles por las que paseara Ángel de Saavedra o Lucano se convierten en objeto de meditación y crítica: “Don Luis se alejó por la calleja, / el Duque miró el ángel dorado del ocaso, / volvió al baño Lucano y tus hijos / de la campiña fueron a trabajar a Dusseldorf”.

Pero Córdoba es también “La taberna, la tapia blanca, la espadaña, el naranjo”. La sierra, las leyendas, los muros enjalbegados, los patios con sus flores harán decir al



poeta: “Esta ciudad ensimismada y silenciosa –Córdoba, la ciudad más melancólica de Andalucía–”. Las aguas de Córdoba surcan la poesía y la prosa de García Baena en un paisaje donde lo urbano y lo rural caminan a la par en una geografía íntima y personalísima. El brotar de las fuentes dialoga con el oscuro discurrir del pozo con un léxico riquísimo y minucioso en su observación: aceñas, aljibes, atarjeas, arcadas, galerías, abrevaderos, surtidores y pilares. El agua cordobesa, agua de las tres culturas hermanadas y dialogantes: “Judía de aljibes de expiación, árabe de pilas de abluciones, cristiana de acetres y bautismos, tres veces sagrada manando inagotable, el agua de Córdoba, la fuente santa”.

La Córdoba real y la metafórica conviven en la obra del poeta. Sus muros, altos muros, las ruinas, por los que surca el agua en sonora letanía, construyen una cartografía en la que las voces de las fuentes dialogan con calles y plazuelas. Así el Horno del Agua, la plaza de Aguayos, la calle del Pozo, la fuente de la Salud o de la Palomera entrelazan sus ecos en íntima geografía con los recuerdos de infancia: “Y con el otoño de las lluvias el agua torrencial saltaba por el lecho empedrado del Arroyo de San Andrés, corriente cruzada de acera a acera por pequeños puentecillos que yo, párvulo, salvaba para ir a las escuelas de López Diéguez cuando Esperanza, la aguadora enlutada y menuda, acarrea en el barro de los cántaros el chorro frío y puro de la Fuenseca”. Y a la fuente de la Fuenseca se referirá Pablo con su particular sentido del humor: “Una fuente famosa, la Fuenseca, en esa paradoja tan cordobesa de la sed en el agua, la salud en el cementerio, la verdad en el campo, la caridad en el potro agónico. Fuentes tantas veces pintadas por Julio Romero de Torres junto a hombres que acechan o mujeres que huyen, en cuadros de celos y miradas hondas”.

Córdoba surca la obra de Pablo García Baena también en su geografía humana y gastronómica. En sus artículos en prosa, encontramos el bodegón de la cocina cordobesa que en boca del poeta engrandece los frutos. Las metáforas acuden en auxilio de los humildes ingredientes que quedan elevados en el verbo preciso y precioso: “el alcaucil de corona morada, la araña vegetal de las tagarninas, la lanceta de vinagreras y collejas, el blancor cartujo de los cardos”.

Y no olvidemos el espléndido homenaje a la letra ñ, que supone el poema “Ensaladilla de Navidad”, mucho antes de que las polémicas se enzarzaran con ese tesoro de nuestro abecedario. Ese poema de *Gozos para la navidad de Vicente Núñez*,



con quien compartí tantas horas de admiración y cariño hacia Pablo, en la privilegiada sacristía de El Tuta.

La ñora y la aceña,  
madroños, la braña,  
lueñes los rebaños,  
añil la montaña,  
armiños que añudan  
piñas y castaña.  
El gañán ordeña.  
Gruñe y acompaña  
al puño mañoso  
la pezuña huraña.  
La campiña tañe  
zampoñas de caña.

Las artes confluyen en Pablo García Baena. Sus tapices de reposteros y arambeles, en la más noble tradición de escenas cortesanas, deben ser también recordados hoy, como el hermoso tapiz que ofrece el marco perfecto a ese Belén que Pablo escenifica cada año en el salón de su casa, belén en el que lo pagano y lo religioso conviven en armonía.

Pablo García Baena, el poeta que cantara desde su “biografía interior” concibe la vida y la obra como una “columna inseparable”. La poesía como un ave imposible en certera metáfora, se sostiene entre dos alas: la de la mirada y la de la palabra. Pero el poeta sabe conducir el ave, sabe obligarla a que levante el vuelo y a que planee sobre nuestras cabezas como lectores atentos. Despertar nuestras voces interiores es labor del poeta y así lo entiende Pablo. Y se aplica al poema porque no ignora su rebeldía. El poeta como vigía, bajo la dulce lámpara, por caminos ignotos. El poeta como luz y como guía.



UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

**Solemne Acto de Investidura Doctor Honoris Causa**  
Laudatio de la Profesora D<sup>a</sup>. MARÍA ROSAL NADALES

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y Doctores, Sr. Rector Magfco. os solicito y encarecidamente os ruego que otorguéis y confiráis al Excmo. Sr. D. Pablo García Baena el supremo grado de Doctor “Honoris Causa” por la Universidad de Córdoba.

Muchas gracias

María Rosal, 27 octubre 2017